

dinaria estimacion á los escritos de Orígenes, y se hizo su apología, alegando que los que le trataban de herege era porque no le comprendian, y hasta emprendió justificar su libro de los principios. Compuso comentarios sobre gran parte de la Escritura, y muchas obras de controversia para impugnar á los hereges. Solo nos queda de este prodigioso número de escritos, un tratadito contra los maniqueos, y la traduccion del libro sobre el Espíritu Santo, compuesto por San Gerónimo. Son suficientes estas dos obras para dar una idea del mérito de Didimo; y sobre todo, la última es tenida con razon como una de las mejores que poseemos para probar la divinidad del Espíritu Santo.

Timoteo, patriarca de Alejandría, que sucedió á su hermano Pedro, y asistió al concilio de Constantinopla, murió en el año 385 antes de la llegada de San Gerónimo á Egipto. Compuso algunos tratados, y entre otros las vidas de algunos solitarios. Pero solo conservamos de ellos las respuestas á diez y ocho cuestiones de moral ó de disciplina, concernientes la mayor parte á los sacramentos. Sucedióle Teófilo, que ocupó la silla veintisiete años, y que se hizo desgraciadamente célebre por la persecucion con que affligió á San Juan Crisóstomo.

Al siguiente año murió San Cirilo, de Jerusalem. Le habia ordenado sacerdote San Máximo, de quien fué sucesor: concurrió á su eleccion Acacio, de Cesarea, metropolitano de la Palestina, y San Cirilo comunicó algun tiempo con él y con los semi-arianos; pero profesó constantemente la fé católica, como se ve por la carta escrita al emperador Constancio en el año 351, casi inmediatamente á haber sido elevado al pontificado, supuesto que la concluye glorificando á la Santa Trinidad consustancial. Esta adhesión á la ortodoxia y algunas disputas sobre jurisdiccion, determinaron á Acacio á deponerle en un concilio de provincia en el año 356. Tomó por pretexto el cargo que hacia á San Cirilo de que habia vendido algunos ornamentos de su iglesia para asistir á los pobres en tiempo de hambre. Fundándose este en las prerogativas de exencion concedidas á la silla de Jerusalem, no quiso comparecer, y despues de su deposicion protestó apelando á un concilio mas numeroso. Sin embargo, fué echado de su silla, y se retiró á Tarsos, donde era obispo San Silvano. Restableció el concilio de Selenucia, y depuesto nuevamente por el concilio de Constantinopla el año 360, volvió á Jerusalem despues de la muerte de Constancio; pero en el reinado de Valente fué igualmente desterrado, y no fué restituído á su silla hasta que falleció este príncipe. Nos dejó veintitres catequesis ó instrucciones, que compuso cuando no era mas que sacerdote, y que incluyen preciosos monumentos de la tradicion eclesiástica. Diez y ocho son para explicar á los catecúmenos el simbolo y cinco para instruir á los nuevos cristianos sobre los sacramentos que acababan de recibir: los dos últimos son sobre

la Eucaristia, y contienen los pasages mas formales sobre la real presencia, la transustanciacion, el sacrificio de la misa y las oraciones en sufragio de los muertos. Allí se lee en términos expresos, y muchas veces repetidos, que en la comunión se recibe el cuerpo y sangre de Jesucristo; que convierte el pan en su cuerpo y el vino en su sangre; que se nos da como alimento el cuerpo en figura de pan y la sangre con apariencia de vino; que no debemos atenernos á lo que presentan los sentidos, sino corregir el testimonio de ellos por la fé, la cual nos enseña y asegura que participamos realmente del cuerpo y sangre de Jesucristo; y en fin, que en este sacrificio se hace conmemoracion de los apóstoles y de los mártires para obtener su intercesion, y que en él se ruega por los muertos para procurarles alivios por los méritos de Jesucristo, sacrificado por nuestros pecados. Muchas cosas notabilísimas, que por largas omitimos, podian citarse en estas catequesis de San Cirilo; pero nos limitaremos á indicar los pormenores que se hallan en las cinco últimas sobre las ceremonias de la misa y del bautismo, y un pasaje de la duodécima que comprueba formalmente la obligacion de guardar continencia impuesta á los que desempeñan el ministerio sacerdotal.

Tambien se hallan preciosos testimonios sobre este punto de disciplina y otros muchos, en las obras de San Epifanio. Habia nacido este santo doctor en la Palestina, donde abrazó desde su juventud la vida monástica, bajo la direccion de San Hilarion. Trasládose luego á Egipto, y allí pasó mucho tiempo para perfeccionarse con las lecciones y ejemplos de los mas famosos solitarios. Tuvo ocasion de tratar tambien con secta, tratando de atraerle á ella; y varias mugeres que la seguian hicieron los mayores esfuerzos y emplearon artificios y ruegos para corromperle; pero la preservó la gracia de Dios de esta caída. Vuelto á Palestina fundó un monasterio que gobernó algun tiempo, y á su pesar fué ordenado obispo de Salamina, metrópoli de la isla de Chipre. No por su eleccion al episcopado renunció las costumbres de la vida monástica: su ejemplo en esta parte atrajo á multitud de personas á que abrazasen este género de vida, y de todos parages acudian para ponerse bajo su direccion, y se levantaron en la isla de Chipre muchos monasterios. Ya hacia muchos años que era obispo, cuando compuso en el de 374 un tratado que se tituló *el Ancora*, porque le consideraba como una ancora propia para afirmar las almas en la fé. Tenia efectivamente por objeto esta obra demostrar la doctrina católica y combatir los errores que enseñaban entonces los hereges, principalmente sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion.

Publicó San Epifanio cerca de dos años despues, su gran tratado sobre las heregias: incluye hasta ochenta de ellas, refiere su histo-

ria, y va impugnándolas una por una. Al fin presenta los dogmas de la Iglesia católica y las principales reglas de su disciplina. «El sacerdocio, dice, se confiere á los que han vivido en el celibato ó se abstienen de sus mugeres, ó están viudos en primeras nupcias. El que casó segunda vez, no puede ser admitido al sacerdocio, sea en clase de obispo, en la de presbítero, de diácono ó de subdiácono. Las diaconías establecidas para el servicio de las mugeres, sobre todo en la administración del bautismo, se deben escoger entre las viudas que solo contrajeron primeras nupcias, ó entre las que han permanecido vírgenes. Las asambleas dispuestas por los apóstoles se celebran los miércoles, viernes y domingos. En algunas partes tambien se reúnen los sábados. Se ayuna los miércoles y viernes hasta la hora nona; y este ayuno se observa todo el año en la Iglesia católica, exceptuando sin embargo los cincuenta dias del tiempo pascual: entonces las asambleas de miércoles y viernes se tienen por la mañana, y no á nona, como en el resto del año. La Iglesia católica cuenta todos los domingos por dias de regocijo: se juntan por la mañana los fieles y no se ayuna. Tampoco es lícito ayunar en el dia de la Natividad de nuestro Salvador. Antes de la Pascua se observa el ayuno cuarenta dias, y todos los fieles pasan los seis últimos en una abstinencia mas rigorosa, no comiendo mas que pan, sal y agua: muchos están dos ó tres dias, y algunos toda la semana, sin comer nada. Durante esta semana todos los dias hay asambleas en las iglesias: tambien se tienen toda la cuaresma desde nona hasta vísperas. En ciertos pueblos se ofrece el sacrificio el jueves santo despues de la xerofagia, es decir, de la cena ó única comida que se hace por la tarde: en otros solo se celebra en la noche del domingo, de manera que el oficio concluye el dia de Pascua al cantar el gallo. Celebranse el bautismo y otros misterios secretos, segun la tradicion del Evangelio y de los apóstoles.

Tambien hay un tratado sobre las heregias compuesto por San Filastro, obispo de Brescia, que murió hácia el fin del reinado de Teodosio. Está escrito en estilo poco elegante y tiene muchas inexactitudes, principalmente en orden á la cronología; pero se hallan preciosos pormenores en él para la historia del dogma y de la disciplina.

La muerte de San Paciano, obispo de Barcelona, se data á la mitad del reinado de Teodosio y antes del año 392: se hizo célebre, aunque su vida es poco conocida, por ciertos escritos en que se nota una elocuencia vigorosa; noble y ardiente. Tenemos tres cartas suyas dirigidas á un novaciano llamado Simproniano, para combatir los errores de esta secta, una exhortacion á la penitencia, y últimamente un tratado del bautismo, donde explica los efectos de este sacramento. En su primera carta á Simproniano se hallan aquellas palabras tan sabidas: Cristiano es mi nombre, y católico mi apellido.

Señalaba San Ambrosio su celo contra los hereges de una manera mas brillante, no solo por sus escritos, sino por su valor y firmeza. La emperatriz Justina, madre de Valentiniano el jóven, quiso usar de la autoridad imperial para favorecer á los arrianos, cuyos errores participaba; principiò dándoles un obispo scita de origen, llamado Mercurino; pero mudó el suyo en el nombre de Auxencio, porque era agradable á los cristianos de Milán. Como se acercasen las fiestas de la Pascua en el año 385, envió aquella á pedir una iglesia á San Ambrosio para que los arrianos pudieran reunirse. Respondió San Ambrosio que era indigno de un obispo entregar la casa de Dios. Al dia siguiente se renovó la misma pretension con el mismo resultado. Entonces la emperatriz envió soldados que se apoderasen de la iglesia; pero el pueblo manifestó la mas fuerte oposicion. Numerosas turbas se presentaron frente al palacio quejándose á gritos y reclamando contra la profanacion del lugar santo. Calificóse de sedicion esta resistencia por los cortesanos, y con tal pretexto se impusieron grandes multas al cuerpo de mercaderes, y los hicieron pagar en tres dias doscientas libras, que equivalen á trescientos marcos de oro; pero protestaron que voluntariamente darian doble cantidad para conservar su fe. Muchos fueron presos, aunque era semana santa, en que se acostumbra al contrario dar libertad á los que lo estaban. Entre tanto, el pueblo quedaba en posesion de la iglesia que se habia intentado ocupar, y marchaba á las deinas para guardarlas. El gobierno mandó sitiar muchas por la tropa, y entre ellas aquella en que estaba San Ambrosio; pero los soldados declararon al emperador que si se queria obligarlos á emprender cualquiera cosa contra el santo obispo, se pasarían al lado de éste para participar con él la gloria de padecer por su religion. Efectivamente, casi todos eran católicos, lo mismo que los ciudadanos de Milán: no habia mas arrianos que algunos empleados en palacio, vendidos á su prosperidad personal, con algunas guardias extrangeras y mercenarias que no se atrevian por entonces á declararlas. Cuando los soldados que rodeaban la iglesia supieron que San Ambrosio amenazaba excomulgarlos, entraron al instante en la asamblea de los fieles protestando su fé, y declararon firmemente que no temiesen nada respecto á su presencia; que ellos eran tambien católicos y querian mezclarse con el pueblo para tomar parte en sus oraciones, y no para incomodarle. Entonces el santo pastor, que estaba consolando á su rebaño con sus exhortaciones, varió su discurso en vista de tan imprevisto cambio, y exclamó: «Hermanos, ¡qué profundos son los divinos oráculos! Sin duda recordareis con qué dolor leiamos esta mañana estas palabras del Salmó Señor, las naciones son herencia vuestra. Vinieron en efecto los godos y otros extrangeros armados: sitiaron el lugar santo; pero vinieron unos infieles, y se han portado como cristianos: vinieron para intradir al heredad del

Señor, y se muestran dignos coherederos de ella: la fe tiene por defensores á los mismos que teníamos por enemigos.”

Continuaba dando gracias á Dios, y creía que el emperador por sí mismo había mudado de resolución, cuando le avisaron que este príncipe, ó mejor dicho, su madre, enviaba á un secretario con órdenes de aquel. Presentado al santo, le dijo: “Dadme cuenta y razon de los motivos que habeis tenido para resistir á los mandatos del emperador.” Otaie el santo algo apartado del concurso. “Necesito saber, continuó, si sois un rebelde ó un tirano, para tomar en consecuencia mis medidas.” Respondió el prelado: “Nada he hecho que pueda merecer estas acusaciones: protesté que no debía entregar la iglesia que se me pedía; porque no es mia, sino de Dios; y cuando supe que la asaltaban con tropa, me contenté con gemir y enviar á los sacerdotes para que evitasen los males que podían ocasionarse, contestando á los que me instaban para que fuese allá, que así como no me era Heito entregarla, tampoco podia defenderla á la fuerza. Si teneis este procedimiento por rebeldía ó por tiranía, podeis sacrificarme sin temor; yo no soy rebelde, no sé lo que es tiranía; pero sé morir por defender la justicia. No os dirá seguramente Máximo que soy infiel á Valentiniano.”

Como continuaban sitiadas las iglesias, pasaron los fieles la noche en los muchos edificios que incluía su recinto; y el santo obispo con su clero, estuvo recitando los Salmos. Al día siguiente, jueves santo, en tanto que San Ambrosio predicaba sobre la conversion de los pecadores, explicando el libro de Jonás, el emperador dispuso que se retirasen los soldados y se devolviese á los mercaderes el importe de las multas que se les habian exigido. Habia conocido la imposibilidad de ejecutar su intento, viendo que tanto las tropas como el pueblo tenían tanta afición á San Ambrosio; y un día en que sus generales le pedían que asistiese al templo, les respondió: “Si os lo mandase Ambrosio, érais capaces de entregarle á él atado de pies y manos (1).”

La emperatriz y los cortesanos de su partido, profundamente resentidos de aquel descalabro, concibieron un odio mas violento al santo prelado. Caligono, prefecto de la cámara imperial, le amenazó que le cortaría la cabeza para dar satisfaccion al emperador, ofendido por su resistencia. San Ambrosio le contestó: “Vos obraríais así como un enuñeco, y yo obré y obraré como un obispo.” A poco de esto fué decapitado el yunco en castigo de un delito infame. Otro cortesano llamado Eutimio se alojó en una casa próxima á la del santo prelado, y tuvo un carro preparado para llevarsele, si hallaba ocasion de sorprenderle. Un año despues, y en el propio día, el cortesano fué sacado en el mismo carro para llevarle á su destierro, y San Ambrosio le socorrió con dinero y otras cosas que

(1) Ambros. *Epist. XX ad Marcell.*—*lib. 2.º* in deo. *cap. 1.º*

necesitaba para su viage. Introdjose una vez cierto emisario de palacio en el cuarto del santo obispo para asesinarle; y cuando ya tenía la espada desnuda y levantada la mano, quedó paralizado y extendido su brazo. Confesó que Justina le habia dado esta orden, y recobró el uso de su brazo.

Persuadió finalmente la emperatriz á Valentiniano á que publicase una ley favorable á los arrianos. Quiso mas Benévolo, secretario de Estado, incurrir en desgracia y perder su destino, que consentir en la extension de este decreto. Se retiró á Brescia, su patria, edificando á todos con sus virtudes, y se unió en estrecha amistad con San Gaudencio, que sucedió mas adelante á San Filastro en la silla. Publicóse, no obstante, la ley en 23 de Enero del año 356. Por ella no solo se autorizaban las asambleas de los arrianos ó de los que seguian la fórmula de Rimini, sino que se pronunciaba la pena de muerte contra todo el que tratase de impedir por violencia, ó de cualquiera manera, la ejecucion de aquella. Muy poco despues se mandó á San Ambrosio comparecer ante el emperador, que se quiso hacer juez entre este prelado y Auxencio; pero el santo respondió en una representacion tan enérgica como respetuosa, en que demostró que á los obispos pertenecia conocer en los negocios eclesiásticos y en las causas de fe; que en ellas eran jueces aun de los mismos emperadores; y que aunque le costase la vida, no consentiria envilecer la autoridad del sacerdocio con su ejemplo (1).

Despues que hizo esta representacion, se retiró á su iglesia episcopal, donde el pueblo le custodió mucho tiempo, temiendo que se le llevasen á la fuerza. Rodeó la tropa esta iglesia, y segun se vió, llevaba la orden de permitir á todo el mundo la entrada; pero no la salida. Encerrado así el santo obispo con sus ovejas, las consolaba por medio de sus tiernos discursos; entonces fué cuando se introdujo la costumbre de la salmodia alternativa, para dar á los fieles una santa ocupacion. Ademas de los Salmos, hizo que se cantasen igualmente himnos que habia compuesto, y que aun se conservan y cantan en la Iglesia. Llegaron á tomar tal celebridad, que en los siglos siguientes, en lugar de decir un himno, se decia una ambrosiana.

Mientras ocurría esta persecucion, la Iglesia de Milán tuvo grandes consuelos por visibles señales de la divina proteccion. San Ambrosio supo por revelacion el sitio en que reposaban las reliquias de los mártires San Gervasio y San Protasio; halláronse sus cuerpos decapitados y cubiertos de sangre, aun cuando habian sufrido el martirio en una de las primeras persecuciones. Trasladó el santo obispo estas reliquias, en medio de un inmenso concurso del pueblo, á una basilica nuevamente construida, que todavía hoy se llama ambrosiana. Acompañaron á esta traslacion multitud de mila-

(1) Ambros. *Epist. XXI.*—Sozom. lib. VII.

gros. Un ciego, conocido en toda la ciudad y llamado Severo, pidió con muchas instancias que le llevasen á un parage por donde habia de transitar la procesion, y que le dejasen acercar para que pudiera tocar un pafuelo en las santas reliquias. Al punto que consiguió su deseo y se aplicó á los ojos el lienzo, recobró la vista. Testigos fueron de este milagro multitud de gentes, y entre ellas San Agustín, que estaba entonces en Milán, y le refiere así en muchos pasages de sus obras. Otros muchos enfermos fueron curados, y muchos energúmenos quedaron libres de la esclavitud de los infernales espíritus, al solo contacto de los ornamentos que cubrían los cuerpos de los santos mártires. Tocaban á sus reliquias pafuelos y vestiduras, que servían despues de eficaces remedios en toda clase de enfermedades. El mismo San Ambrosio lo afirma en una carta que escribió á Santa Marcelina, su hermana, acompañando dos sermones que con esta ocasion predicó. Al pronto los arianos se burlaron de estos milagros y aparentaban no creerlos; pero respondióles San Ambrosio con la evidencia de los hechos, que tenían por testigos á todos los habitantes de la ciudad; y la emperatriz Justina, llena de confusion, se decidió por último á dejar en paz á los católicos (1).

Vióse muy luego obligada á recurrir segunda vez á la intervencion del santo obispo, para quitar de la cabeza á Máximo el empeño de invadir la Italia. Habia escrito este príncipe á Valentiniano, exhortándole á que no continuase la persecucion contra los cristianos si queria conservar la paz, y añadiendo que la fé á que se oponian los arianos, era justamente la que seguian todas las Iglesias cristianas y en particular la de Roma, que gozaba la principal autoridad, como que le pertenecia. Junto el contexto de esta carta á los preparativos de guerra, daba á la emperatriz Justina sietas inquietudes. Comisionó, pues, cerca de Máximo á San Ambrosio con el pretexto de reclamar el cuerpo de Graciano; pero efectivamente para sondear sus disposiciones y atraerle á pacíficas miras. Aceptó San Ambrosio la embajada, aunque no esperaba buenos resultados. Con efecto, Máximo no quiso darle audiencia privada, y recibíendole en el consistorio, le reconvinó de que le habia engañado en su primera embajada, impidiéndole entrar en Italia cuando nada podia estorbarle su entrada ni resistir á sus fuerzas. Respondió el santo obispo que muy glorioso le era haber contribuido á salvar un príncipe huérfano, y le exhortó además á que hiciese penitencia por la muerte de Graciano. Además se abstuvo durante su estancia, de comunicar con él ni con los obispos itacianos que estaban en union con este príncipe, y que trabajaban para conseguir de él la muerte de los priscilianistas. Vivamente ofendido el

(1) Ambros. *Epist.* XXII.—August. *Conf.* lib. IX. De *Civit. Dei.* lib. XXII, cap. VIII.

emperador, prorumpió en violentas amenazas, y le mandó que saliese inmediatamente de sus Estados. San Ambrosio escribió sin pérdida de tiempo á Valentiniano que estuviese preparado y no le cogiesen desprevenido.

Por este tiempo hizo San Martin su segundo viaje á la corte de Tréveris para interceder en favor de ciertas personas que solo eran culpables por haberse manifestado devotas á Graciano. Se ha visto antes, que otro motivo semejante, de pura caridad, le determinó á emprender el primer viaje á la corte de Máximo, y que manifestó como San Ambrosio, una repugnancia extrema á tratar con esta príncipe. Habiéndole convidado á su mesa, respondió que no podia comer con quien habia quitado la vida á un emperador. Tal es el ascendiente de una virtud heróica, que Máximo, en vez de ofenderse de esta libertad, procuró disculparse diciendo que el ejército le habia obligado á tomar el imperio; pero en cuanto á lo demas, que ningun enemigo suyo habia muerto sino en el campo de batalla, dándose éstas en la necesidad de su defensa. Creyó San Martin que debia conformarse con estas excusas, y el emperador muy gozoso convidó á los principales señores de su corte como para una funcion extraordinaria. Puso á San Martin á su lado, y cuando se presentó la copa, según la costumbre, el emperador mandó que se sirviese antes al obispo, esperando recibirla de su mano; pero San Martin, despues de haber bebido, la entregó á un sacerdote que fué en su compañía: mas edificados que sorprendidos quedaron el príncipe y los cortesanos de este honor concedido al sacerdocio por la viva fé del santo obispo, y todos le alabaron, porque hizo en la mesa del príncipe cosa que otros no se hubieran atrevido en la de un magistrado.

La emperatriz que respetaba mucho á San Martin, quiso darle tambien un convite, reservándose el honor de servirle ella sola. Púsole la mesa, le presentó la silla en que habia de sentarse, y le sirvió los platos que habia condimentado por sus manos; y en lugar de sentarse á la misma mesa, se mantuvo de pié y á cierta distancia como una humilde criada. Concluida la comida, hizo que se guardasen con distincion los pedazos y aun las reliquias de todos los manjares que habia tocado el santo. Púedense justificar estas poco comunes honras por la gran fama y brillantes maravillas que obró durante su permanencia en Tréveris. En efecto, libertó á muchos endemoniados, y curó á una doncella parálitica de todos sus miembros y casi agonizante (1).

(1) Berault-Berestiel refiere los hechos precedentes al segundo viaje de San Martin, durante el que comunió con los itacianos. Pero Sulpicio Severo explica minuciosamente estos mismos, de manera que se echa de ver con claridad que se equivoca aquel. El historiador moderno comete un error mas considerable, diciendo que los itacianos estaban separados de la comunión de la Iglesia. Verdad es que un obispo llamado Theognisto se habia públicamen-

Como entonces se opuso á los itacianos, se conmovieron grandemente cuando supieron este segundo viage. Gran parte de los obispos, aunque condenaban los errores de los priscilianistas, no por eso dejaban de reprobár las sanguinarias persecuciones de Itacio contra aquellos hereges; pero otros habian tomado abiertamente su defensa, y de aquí resultaron las divisiones perpetuadas en la Iglesia galicana hasta el fin del IV siglo. Habiéndose reunido en esta ciudad los obispos de la provincia de Tréveris por la eleccion de metropolitano, declararon inocente la conducta de Itacio, y ellos mismos aconsejaron al emperador que hiciese buscar á los priscilianistas para condenarlos á muerte. En este intermedio llegó San Martin y pidió el perdon de estos desgraciados, esquivándose de comunicar con los itacianos. Quejéronse éstos al emperador, que llamó al santo obispo á una audiencia particular, y empleó con él las razones mas capciosas para vencer su repugnancia; pero viendo que nada conseguia, se despidió colérico del prelado, y mandó matar á todos los sujetos por quienes éste se interesó tiernamente. Ya era de noche cuando supo San Martin esta funesta noticia. Volvió con precipitacion á palacio, y en la turbacion á que su dolor le habia precipitado, prometió usar de alguna condescendencia con tal de que se revocase la órden que acababa de darse. Máximo le concedió todo lo que pidió. Al día siguiente debía verificarse la consagracion de Félix, obispo electo de Tréveris. Asistió San Martin á la ceremonia y comunicó con los itacianos; pero no se prestó á firmar el acta que se extendió despues de aquella, y al siguiente dia salió de la ciudad abatido de tristeza. Detóvose á dos leguas de Tréveris algunos momentos para llorar su malhadada condescendencia; y apareciéndosele un ángel, le dijo: "Fundado es sin duda tu dolor; pero tu falta merece indulgencia: aléntate y recobra tu valor, no sea que peligre tu salvacion." Desde aquel momento se entregó á un retiro mas estrecho, y no hizo milagros con tanta facilidad (1).

Muerto Máximo, fué depuesto Itacio, y los obispos de las Galias se apartaron de la comunión de Félix, de Tréveris, y sus adictos. El concilio de Milán confirmó esta providencia el año 390, y tambien por escrito San Ambrosio y el Papa Siricio, y últimamente un concilio celebrado en Turin al fin del IV siglo. Se ve por una consulta dirigida á San Ambrosio con qué horror miraba la Iglesia semejantes suplicios. Un juez creyó que debía preguntarle si era lícita

te separado de su comunión; pero muy pocos siguieron su ejemplo, y tambien es cierto que ningún juicio eclesiástico se habia pronunciado aun contra ellos. Fácilmente se concibe por otra parte que haya San Martin creído que un poderoso interés de caridad fuese suficiente para permitir comunicar con hombres que juzgaba culpables; pero es dudoso que hubiera querido, aun con este motivo, violar la regla de la Iglesia que prohibia con pena de excomunion comunicar en la oracion con excomulgados.

(1) Sulp. Sev. *Dial. et Vit. Mart.*

esta clase de sentencias. Con la autoridad de San Pablo contestó el prelado que sí; pero que la mayoría de los jueces, despues de haberlas pronunciado, se abstentian voluntariamente de la comunión, y que él lo alababa. Entonces recomendó la costumbre de interesarse para obtener la vida de los criminales, dando él mismo el ejemplo (1).

San Martin profetizó á Máximo antes de separarse de su corte, lo que si pasaba á Italia para hostilizar á Valentiniano, al principio saldria vencedor; pero que muy inmediata al triunfo hallaria la muerte. No fué suficiente esta terminante profecía para detener sus ambiciones. Estuvo Máximo entreteniendo á Valentiniano con promesas de buena amistad; y habiéndose apoderado con cautela del paso de los Alpes, se adelantó sin estrépito con su ejército y sorprendió la Italia, que estaba realmente indefensa. Valentiniano se refugió á Aquileya, y se embarcó con su madre Justina para ir á implorar la proteccion de Teodosio. Ocurrieron estos sucesos en el año 387. En cuanto llegó á noticia de Teodosio la fuga de Valentiniano, salió á su encuentro en Tesalónica, y despues de consolarle ofreciéndole socorros, le dijo: "No debéis admiraros del mal estado en que se encuentran vuestros asuntos, ni del triunfo de Máximo, sino considerais que sois un perseguidor de la verdadera religion, y que á él la defiende." Logró borrar del alma del emperador las malas máximas que aprendió de su madre, le afirmó irrevocablemente en la fé católica, y se preparó al momento para hostilizar á Máximo (2).

Sin duda para proveer á los gastos de esta guerra estableció nuevos tributos, cuya rigurosa exaccion causó una violenta sedicion en Antioquia. A los que no los pagaban, los ponian en el potro, y por esta y otras crueldades se sublevó el pueblo, que rompió y echó por tierra las imágenes del emperador, arrastrándolas por las calles, dando voces horribles, y profiriendo frases y mofas insultantes. Mas en cuanto pasó la cólera, se apoderó de los ánimos el miedo, y toda la ciudad quedó consternada. Se contaban como noticias seguras los rumores mas siniestros sobre los castigos que iban á imponerse por estos excesos. Salian los vecinos de la ciudad en que habitaban, ó se encerraban en sus casas: nadie se presentaba en las calles públicas ni en las plazas, y la gran capital presentaba el aspecto de un desierto.

Iritóse Teodosio grandemente de esta insurreccion; y fué mas intensa su pena al saber que no se habian libertado las estatuas de la emperatriz Flacida, recién muerta, que habia adquirido el afecto y respeto de todos por sus eminentes virtudes. Tuvo tan profunda humildad y tanta caridad con los pobres, que se la veia con frecuencia visitarlos en los hospitales ó en sus casas, sin llevar escolta

(1) Ambros. *Epistol. XVI y XXI de off. lib. II, cap. XXI.*

(2) Theodor. lib. V.—Sozom. VII.

ta ni comitiva alguna, curarlos en sus camas, y hacer con ellos los oficios de enfermera y de criada. San Gregorio Niseno pronunció la oración fúnebre de esta emperatriz, que la Iglesia honra como santa.

Envió Teodosio á Antioquia dos comisarios para indagar y castigar á los culpables. Declararon éstos que la ciudad habia perdido sus privilegios, prohibieron los espectáculos, hicieron cerrar los baños, dieron tormento á muchos vecinos, prendieron á los magistrados, y confiscaron sus bienes. Los monges, que eran mas numerosos en los arrabales que en la ciudad, entraron en ella abandonando sus celdas ó desiertos, para consolar á tantos desgraciados y pedir en su favor á los jueces: permanecian todo el día á las puertas de palacio, asegurando que no se retirarian sin obtener el perdón de los culpados, y hasta anunciaban que irian á Constantinopla para implorar la clemencia de Teodosio, y no se pudo contenerlos hasta que vieron que se remitian á este emperador sus representaciones por escrito. Uno de estos solitarios, llamado Macedonio, que tenia gran reputacion de santidad y pasó toda su vida en el ejercicio de la vida monástica, encontró á estos dos comisarios, los retuvo con cierto aire de autoridad, y les dijo: "Amigos, decid al emperador: Vos sois hombre; pues vuestros súbditos son hombres tambien, hechos á la imagen de Dios: ¿es lícito para vengar el desacato hecho á unas figuras de piedra ó de bronce destruir las vivas imágenes de Dios? Fácil es reemplazar vuestras estatuas: ya están restauradas; pero será imposible reponer un solo cabello de aquellos semejantes vuestros que vais á sacrificar." Prometieron los comisarios referir al emperador las mismas razones, y con efecto resolvieron, despues de haber formado las sumarias respectivas, esperar sus órdenes antes de pasar adelante. No manifestaron menos celo, compasion é interés los obispos de la provincia que estos piadosos solitarios. Visitaban á los jueces, se prestaban á los pasos y gestiones mas humildes para conseguir ablandarlos. Mas los filósofos y sofistas de la ciudad, y era grande su número, olvidando sus vanas máximas, no pensaron sino en su propia conservacion, y huyeron lo mismo que la gente del pueblo (1).

Apenas concluyó la sedicion, Flaviano, obispo de Antioquia, marchó á Constantinopla para hablar al emperador, sin reparar en la estacion fria, ni en su avanzada edad. Dejó durante su ausencia el cuidado de consolar á los fieles al presbítero Juan, mas conocido con el nombre de Crisóstomo ó boca de oro, que los siglos posteriores le dieron á causa de su admirable elocuencia. El santo sacerdote predicó veinte homilias ó sermones á aquel pueblo, llenos de sólidas instrucciones y de tiernas exhortaciones adecuadas á las tristes circunstancias que los rodeaban y á la disposicion de los espiri-

(1) *Cryost. Homil. XXII, ad pop. Antioch.*

tus. En los primeros discursos trató de inspirar á los fieles la resignacion, la paciencia, la sumision á las órdenes de la Providencia: despues explicando el Génesis, que se leia en la iglesia por cuarentena, se aprovechó de la pública tristeza para clamar con fuerza contra los abusos y desórdenes, contra las murmuraciones, blasfemias, juramentos, espectáculos y otras diversiones profanas, y para exhortar al pueblo á que por medio de la oracion y obras de penitencia lograra apartar el azote que le estaba amenazando. Prodijeron su celo y elocuencia los mas felices efectos. Concurrian las gentes á porfia á las iglesias para oír la palabra de Dios; y consiguiendo restablecer en las almas la calma y la confianza de que carecian, tuvo tambien el consuelo de ver á los fieles ejercitarse con mucho mas fervor en la práctica de las virtudes cristianas.

Por grande que fuese la diligencia con que caminó el obispo Flaviano, y aunque se adelantó á los correos, ya Teodosio estaba enterado, por el público rumor, de la sedicion de Antioquia. En cuanto fué introducido en la cámara del emperador, se paró delante de él y á gran distancia, y bajó los ojos tristemente como si pidiese alguna gracia ó perdón para su persona. Acercósele Teodosio y le fué refiriendo una por una las mercedes que habia concedido á la ciudad de Antioquia durante su reinado, y despues prosiguió: "¿Es este el agradecimiento que yo debia esperar de ella? ¿Pueden tener queja alguna de mí? ¿En qué se han fundado para profanar las imágenes de los muertos?" Dando un profundo suspiro, dijo el obispo: "Señor, no podemos olvidar ni dejar de reconocer las muchas pruebas de afecto que habeis prodigado á nuestra patria; y precisamente esta circunstancia agrava nuestro dolor. Destruid la ciudad, reducida á cenizas, acabad con sus habitantes, y con todo, no castigareis bastante nuestro delito: mas merecemos. Todo cuanto podeis disponer no es capaz de agravar nuestro infortunio, porque nada hay mas aflictivo para nosotros que haber perdido vuestra gracia, y estar marcados, á la vista del mundo entero, como culpables de negra ingratitud. Con todo, señor, la misma enormidad del crimen puede proporcionarnos la adquisicion de una corona todavía mas brillante que la que llevais; pues será debida á vos solo y á vuestra virtud. Han derribado vuestras estatuas; pero mas preciosas las podeis erigir en el corazon de vuestros súbditos, y obtener tantas estatuas como hombres haya perpetuamente en la tierra. Tambien á Constantino derribaron las suyas, y cuando le anunciaron este atentado, se contentó con responder sonriéndose, á los que le exhortaban para un ejemplar castigo: "No advierto que me hayan hecho herida ninguna." Se han olvidado muchas hazañas de este emperador; pero estas palabras han sobrevivido á los demas trofeos: serán oidas en los siglos venideros, y merecerán los elogios y bendiciones de todas las edades. Acordaos, señor, de aquel generoso suspiro que la clemencia hizo salir de vuestra boca,

cuando al aproximarse la festividad de la Pascua, y anunciando su perdón á los criminales, y á los presos la libertad, añadisteis: ¡Que no pudiera yo también resucitar á los muertos! Ahora podeis hacer ese milagro. Antioquia no es otra cosa que un sepulcro: sus habitantes están como muertos esperando los suplicios que han merecido: con una sola palabra podeis darles la vida: no se trata aquí únicamente de vuestra gloria, sino de la del cristianismo. Si nos perdonais, dirán los infieles: ¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Qué admirable su religión, pues hace á los hombres superiores á la misma naturaleza! Con el poder de aquella se contienen los que no tienen igual en la tierra. No temais que la impunidad corrompa las demás ciudades: nuestra horrosa suerte es bastante para espantarlas. A cada instante temblando y viendo incesantemente llegada nuestra última hora, fuggitivos por los desiertos, expuestos á la voracidad de las fieras, escondidos en las cavernas, somos mas desdichados que si la ciudad hubiera sido tomada y saqueada por los bárbaros. Todo el mundo lo sabe, y yo creo que deis un ejemplo mas eficaz destruyéndola de arriba abajo. Borrada la memoria de nuestro crimen con un generoso perdón, que lejos de estimular la audacia, hará que todos los corazones manifiesten su admiración, su reconocimiento y su amor. Conjuroos á que lo hagais á nombre de aquel que nos dejó en su Evangelio sentada esta regla: "Si perdonais las ofensas que hayais recibido de vuestros hermanos, vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados." Pensad en aquel terrible dia en que los príncipes y los súbditos han de comparecer en el tribunal supremo para dar cuenta de sus acciones; y para conseguir desde hoy el perdón de las faltas que tengais entonces que expiar, imitad á nuestro divino maestro, que no deja de esparcir sus beneficios sobre los hombres que le injurian diariamente. Si me engaña yo en las esperanzas que vuestra bondad me ha hecho concebir, no volvería á ver un pueblo desgraciado, cuyos deseos no he podido llenar: me marcharía á un retiro distante para ocultar la vergüenza y la aflicción, é iría á llorar hasta el último instante de mi vida la calamidad de una ciudad que hallaba implacable contra ella sola al hombre mas piadoso, al príncipe mas dulce y generoso."

Flaviano amplió estas razones en un largo discurso que presenta el modelo de la mas patética elocuencia. Cuando acabó de hablar, Teodosio, no pudiendo ocultar su conmoción, le concedió inmediatamente el perdón de Antioquia, añadiendo estas preciosas frases: "Nada tiene de particular que yo me compadezca y perdone á mis semejantes, pues el Señor del mundo se hizo hombre para salvar á los pecadores, y clavado en la cruz rogó á su Eterno Padre en favor de sus verdugos." El piadoso emperador encargó al obispo que marchase sin demora para llegar á la ciudad antes de

la Pascua, y para sacarla cuanto antes de la mortal ansiedad en que estaba sumergida (1).

San Juan Crisóstomo, que nos conservó el discurso de Flaviano, y que probablemente le habia redactado, nació en Antioquia por los años 347, de familia noble y cristiana. En la cuna perdió á su padre; pero su madre cuidó de su educación, y ella misma le hizo piadoso interin sus maestros le enseñaban las ciencias. Estudió la retórica con el famoso Libanio, quien dijo al morir que le hubiera escogido para sucederle, como el sugeto mas á propósito, si los cristianos no le hubieran concedido un cargo incompatible con aquella cátedra. Despues de frecuentar el foro algun tiempo, y á la edad de diez y ocho años, renunció al mundo y abrazó la vida ascética bajo la dirección del presbítero Diodoro, en adelante obispo de Tarso. Agregóse luego al patriarca Melecio, que le instruyó en las sagradas letras y le bautizó é hizo lector. Vivía siempre retirado, ocupado en la oracion y el estudio, y combatiendo las pasiones con las austeridades de la penitencia. Resplandecieron sus virtudes y talento con tal brillantez, que á pesar de su juventud pensaban hacerle obispo. Ocultóse para huir de esta dignidad, y en esta ocasion que le proporcionó su humildad, fué cuando compuso el admirable tratado del sacerdocio. Vivió muchos años en Antioquia en los ejercicios ascéticos, y luego se retiró á una montaña inmediata á esta ciudad, y permaneció cuatro años en aquella soledad, bajo la dirección de un anciano, cuyas austeras mortificaciones imitó: despues escogió para su morada una caverna, donde habitó solo dos años, casi sin dormir, y toda la noche expuesto á los rigores del frio (2).

En este retiro compuso tres libros en defensa de la vida monástica contra los que impugnaban este estado: porque nos refiere que los solitarios eran objeto del desprecio y los ultrajes no solamente de los paganos, sino aun de cierto número de cristianos que se alababan á sí mismos de las violencias que ejercian contra ellos. Hasta á sus mismas células los iban á insultar, y empleaban las amenazas y la fuerza para sacarlos de ellas; y estas impías escenas daban pábulo á las conversaciones y sátiras de los ociosos que se reunian en los sitios públicos. Hablando algunos de la vida de los monjes, se enfurecian hasta el extremo de decir: "Capaz es semejante conducta de obligarnos á renunciar al cristianismo." Empezó, pues, el Crisóstomo manifestar en esta obra la utilidad, ven-

(1) Los paganos atribuyeron la determinación de Teodosio á la elocuencia del sofista Libanio, que efectivamente pasó á Constantinopla, y de quien tenemos áun dos discursos compuestos con esta ocasion: uno para persuadir á los habitantes de Antioquia, y el otro dándole gracias porque le concedió. Pero ya este emperador le habia ofrecido á instancias de Flaviano, antes que Libanio le hubiera solicitado.

(2) Soer. lib. VI.—Sozom. VIII.—Fallad. *Vit. Chrysostom.*

tajas y excelencia de la vida monástica; y para vengarla del desprecio de los mundanos, contrapuso el respeto que merece á los pueblos y á la autoridad que ejercen los monjes sobre muchas personas con el solo ascendiente de virtudes. También escribió en la soledad los dos libros de la Compuncion del corazon, en que demuestra la necesidad de la penitencia y las condiciones que debe reunir para ser verdadera y sincera.

Sin embargo, sus austeridades unidas á un trabajo continuo, debilitaron de manera su salud, que se vio obligado á volver á la ciudad, en la que San Melecio le ordenó de diácono á la edad de treinta años escasos. De allí á pocos le ordenó Flaviano de presbítero, confiándole el ministerio de la predicacion, que desempeñó del modo mas brillante y con el mejor resultado. Poco tiempo despues de su regreso fué cuando compuso su tratado del Sacerdocio, los tres libros de la Providencia, en que manifiesta que Dios lo gobierna todo por su sabiduría, y que si los justos están afligidos en la tierra, es porque para ellos las tribulaciones son medios de salvacion; que esta vida no es mas que un tiempo de pruebas, al que debe suceder en el otro mundo la distribucion de penas ó recompensas. Doce años estuvo predicando en Antioquia, y allí fué donde pronunció la mayor parte de sus homilias.

Entre los preparativos de la guerra contra Máximo, juzgó Teodosio que era necesario antes de todo contar con la proteccion del cielo, y se esforzó para merecerla dando público y nuevo testimonio de su celo por la religion. El 10 de Marzo del año 388 publicó para el Oriente una ley de que ya hemos hablado, y que prohibia á los hereges tener reuniones y conferir órdenes. Renovó las mismas prohibiciones en otra de 14 de Junio siguiente dirigida al prefecto del pretorio en Italia, para revocar en Occidente la que Valentiniano promulgó en favor de los arianos. También dispuso se consultase acerca de esta guerra con San Juan de Egipto, que se habia hecho célebre por sus milagros y profecias. Habíase retirado del mundo este ilustre anacoreta á la edad de veinticinco años; y despues de haber morado algun tiempo en un monasterio, se encerró en una celda que halló en cierta montaña de la Tebaida alta, donde permaneció treinta años sin ver á nadie, recibiendo por una ventana las cosas necesarias para la vida; veneraban su nombre todos los pueblos inmediatos, é iban de todas partes á implorar el auxilio de sus oraciones. Habia obtenido multitud de curaciones milagrosas con un aceite bendito que enviaba á los enfermos. Habia pronosticado el éxito de una guerra contra los etioptes, sin omitir la mas minuciosa particularidad, y otros muchos sucesos que literalmente se verificaron. A Teodosio anunció que saldria vencedor, y con esta seguridad se adelantó el emperador á la Pannonia, y en dos combates destruyó las tropas de Máximo; y pasando los Alpes sin obstáculo, le fué á sorprender en la ciudad de Aquileya,

que abrió sin resistencia sus puertas. Despojado Máximo de las insignias imperiales, fué conducido con las manos atadas y descalzo á la presencia de Teodosio; y como este príncipe, despues de haberle reprendido sus atentados, se mostrara enternecido al ver la humillacion en que su contrario yacia, los soldados le arrebataron de su presencia, y le cortaron la cabeza, en 27 de Agosto del año 388. A poco de esto, fué muerto su hijo Victor en las Galias, y Andragato que mandaba su flota, sabedor de tales sucesos, se arrojó al mar. Devolvió Teodosio á Valentiniano todas las provincias que conquistó á Máximo, y permaneció en Italia tres años para afirmar la autoridad de este príncipe jóven y arreglar los asuntos del Occidente (1).

En este tiempo se espació por Constantinopla la voz de que Teodosio habia perdido una batalla, y con esta falsa noticia se sublevaron los arrianos contra los católicos, y quemaron la casa del Patriarca Nectario. El emperador los perdonó, á ruego de su hijo Arcadio, que habia sido insultado personalmente por los sediciosos. Pero no pasó mucho sin que mandase castigar á los cristianos de Callinica, ciudad pequeña del Orshoenes, porque habian quemado una sinagoga de los judíos, y el obispo fué condenado á reedificarla á su costa. Afligió sobremanera esta órden á San Ambrosio, quien escribió inmediatamente al emperador para que conociese la inconsecuencia de semejante conducta. No produciendo su carta todo el efecto que deseaba, en público sermón exhortó al emperador á que mandase cesar todas las persecuciones que se ejercian contra los cristianos con aquel motivo. Expúsole Teodosio que habia tenido precision de reprimir con un ejemplo de severidad el celo inconsiderado de algunos monjes, muy propensos á cometer esta clase de desórdenes; pero insistió tan tenazmente el santo prelado; que el emperador prometió revocar sin restriccion las órdenes que habia dado (2).

Los senadores paganos enviaron á la sazón á Teodosio una diputacion para pedir otra vez el restablecimiento de la estatua de la Victoria. Impugnó enérgicamente San Ambrosio esta pretension, y consiguió por fin que fuese denegada. No menos ostentó su firmeza episcopal en otras dos circunstancias. Habiéndose presentado el emperador en un dia festivo, llevó, segun costumbre, la ofrenda al altar, y se quedó despues en el recinto del santuario. Preguntóle San Ambrosio si se le ofrecia alguna cosa, y respondió Teodosio que estaba esperando la ocasion de comulgar. Replicó el obispo: «Señor, no es licito ocupar el sitio en que os hallais, sino á los ministros del altar: cededle, pues, al clero, y colocaos entre los fieles; porque la púrpura denota el principado, pero no el sacerdocio.»

(1) Soer. lib. V.—Sozom. lib. VIII.

(2) Ambr. Epist. XL y XLI.



Teodosio le contestó que si había permanecido en el presbiterio, era porque así se acostumbraba en Constantinopla, y pasó á colocarse en el sitio que le fué señalado, á la cabeza de los seglares. Cuando volvió á Constantinopla, siempre hizo lo mismo; y como el patriarca Nectario le preguntase una vez que por qué no se quedaba en el santuario, le dijo suspirando: «¡Ah! ¡cuán difícil es que llegue la verdad á los oídos de los príncipes!» Apenas he podido hallar sugeto que me advirtiese la diferencia que hay del imperio al sacerdocio. «No conozco mas que á Ambrosio que con justicia lleve el título de obispo.»

Pocos años despues, el pueblo de Tesalónica mató en una sedición al gobernador de Iliria y á otros oficiales, y Teodosio resolvió castigarle con todo rigor. Con todo, lograron aplacarle San Ambrosio y otros obispos que estaban en Milán, y consiguieron su palabra de que perdonaría á los sublevados; mas posteriormente á instancias de su ministro Rufino, y temiendo que la impudencia sirviese en aquella coyuntura para entalentonar á la rebelion, volvió á su primer designio, y dió las órdenes mas sanguinarias contra el pueblo de Tesalónica. Tavo gran cuidado de que no se trasluciesen y de que se llevasen á ejecución, antes que San Ambrosio pudiese adquirir noticia de ellas. Hallándose el pueblo congregado en el circo, le rodearon tropas con órden de pasar á cuchillo á cuantos se hallasen á su alcance hasta llegar á cierto número, y sin distinguir los inocentes de los culpados; de manera, que comprendió á los mismos extranjeros en esta carnicería, que duró tres horas. Fueron degollados en este espacio, siete mil personas. Apenas supo San Ambrosio este atroz castigo, cuando penetrado de amargo dolor escribió á Teodosio una carta tan llena de respeto como de santa firmeza, exhortándole á que conociese la enormidad de su crimen, y á que hiciese la competente penitencia. Advertíale que si se presentaba en la iglesia, no podría celebrar el santo sacrificio delante de él, porque lo que no es fíctio despues del homicidio de un solo inocente, mucho menos lo sería habiendo degollado á tantos. «Yo os honro, os estimo, afañia, ruego en favor vuestro: creed en la sinceridad de mis expresiones; y si conceis la justicia de mis observaciones, no dejéis de prestaros á su cumplimiento; pero si creéis que no os reconvengo con razon y que mi conducta os humilla, no llevaréis á mal que os ponga en la magestad divina.»

Con todo, Teodosio quiso presentarse en la iglesia en un día de fiesta, para asistir á la celebracion de los santos misterios; pero San Ambrosio le salió al encuentro, y deteniéndole en la entrada del vestibulo, le dijo: «Señor, aun no conceis la enormidad de vuestro pecado, pues tenéis atrevimiento para presentaros en el templo de Dios. ¿Tendréis valor para alargar vuestra mano que humea aún con la sangre de los inocentes, para recibir el cuerpo de Jesucristo? ¿Os atreveréis á llevarle á una boca que ha mandado ejecutar tan-

tos asesinatos? Retiraros y no añadáis un nuevo crimen al que habeis cometido.» Como le hiciese cargo el emperador que David fué perdonado de un homicidio al que siguió un adulterio, contestó el prelado: «Pues le imitásteis en el crimen, imitadle en la penitencia.» Sometiése humildemente Teodosio, y en ocho meses no volvió á la iglesia. En fin, llegó la Natividad, y afligiéndose el emperador hasta el punto de verter lágrimas, se ofreció Rufino á buscar á San Ambrosio, con la esperanza de conseguir la absolucion á fuerza de ruegos; pero el emperador le replicó: «No le persuadiréis: conozco yo mismo la justicia de su reprension, y no es capaz Ambrosio de obrar contra la ley de Dios.» Con efecto, así fué: todos sus ruegos y solicitudes se perdieron; y San Ambrosio dijo á Rufino, que le notificaba que el emperador estaba ya en camino para la iglesia: «Os declaro que no le permitiré la entrada, y si quiero usar de tiranía conmigo, me dejaré degollar con la mayor alegría.» Apresuróse Rufino para informar á Teodosio de esta resolusion, y le aconsejó que no saliese de palacio. Pero ya estaba el emperador en medio de la plaza, y enterado del resultado le dijo: «Me presentaré en el templo y recibiré la afrenta que merezco.» En cuanto llegó al recinto de la iglesia, se paró sin atreverse á entrar; antes buscando al santo obispo en la sala de audiencia, le suplicó que le absolviese y no le cerrase las puertas que el Señor se digna abrir á todo penitente sinceramente convertido. «¿Qué penitencia habeis hecho?» preguntó San Ambrosio. «Vos sois, replicó Teodosio, quien debéis prescribirmela.» Impulsó el obispo pública penitencia, y ademas exigió una ley suspendiendo por treinta días aplicar el suplicio á los condenados. A todo se sometió el emperador; y San Ambrosio, alzándole la excomunion, le permitió la entrada en la iglesia; pero solamente entre los penitentes que se llamaban postrados. Despojóse Teodosio inmediatamente de los ornamentos imperiales: se arrodilló en el suelo regándole con sus lágrimas: se golpeó el pecho, y pidió á Dios misericordia. Entremecido profundamente el obispo al ver tanta humildad y fervor, creyó que podia usar con él la indulgencia autorizada por los cánones. Le permitió levantarse y que asistiese de pie á las oraciones del santo sacrificio (1).

Ocurrieron la degollacion de los tesalonicenses y la penitencia de Teodosio, en el año 390. En el año precedente habiendo pasado éste á Roma, proclamó una ley severa, declarando infames á los maniqueos, y quitándoles el derecho de testar, ademas de condenarles á destierro y confiscacion de sus bienes. Muchos habia en aquella ciudad, pero procuraban ocultarse, disimulando sus errores, y mezclándose con los católicos en sus iglesias. El Papa Siricio mandó que se tomasen las mayores precauciones para impedirles que recibiesen la santa comunión, privando tambien de ella á los

(1) Theod. lib. V.—Paulin. Vit. Ambr.

conversos, y destinándolos a monasterios para que pasasen en ellos el resto de su vida, é hiciesen penitencia; y solamente les permitia recibir el viático en el artículo de la muerte.

Hacia poco que San Agustín habia publicado un libro sobre las costumbres de los maniqueos para combatir á estos hereges, y quitarles la máscara con que disfrazaban sus errores, que el santo habia profesado. Era San Agustín natural de Tagaste, ciudad de la Numidia, donde nació en el año 354, de honrada familia, pero poco acomodada. Su madre Santa Mónica tuvo mucho cuidado de su primera educacion, que fué muy cristiana: púsole en la clase de los catecúmenos, y le enseñó desde niño á venerar el nombre de Jesucristo. En esta tierna edad cayó enfermo, y pidió con instancias el bautismo; pero como cesase pronto la violencia del mal, se dirigió su administracion para mas adelante. Su padre Patricio, reparando las felices disposiciones de Agustín, no se descuidó en cultivarlas. Le dirigió á las escuelas de Madaura, donde permaneció hasta la edad de diez y seis años: luego pasó á Cartago, donde acabó sus estudios con el éxito mas brillante. Antes de salir para esta última ciudad, y entre tanto que se preparaban los fondos necesarios para atender á los gastos que su carrera exigia, estuvo un año en Tagaste, y principió á abandonarse á pasiones criminales, que en lo sucesivo le causaron tan amargo arrepentimiento. Contribuyeron mas á aumentar la exageracion de la funesta pasion del amor y el peso de las vergonzosas cadenas en que gemia sin poder resolverse á sacudirlas, la gran licencia que reinaba en Cartago, y la frecuentacion de los espectáculos. Pedia á Dios la castidad; pero con débiles é ineficaces oraciones, que aun temia fuesen escuchadas favorablemente. Sostenia una concubina, de quien tuvo un hijo que se llamó Adeodato.

A poco de esto fué cuando empezó á unirse á los maniqueos, cuyos errores adoptó y siguió por espacio de nueve años. La lectura de un libro compuesto por Ciceron que se titulaba *Hortensio*, perdido para nosotros, le inspiró un ardoroso afán por la filosofia, y desde entonces, aplicándose á la investigacion de la verdad y de la sabiduría, emprendió la lectura de las Santas Escrituras; pero le disgustó en ellas la sencillez del estilo. Por otra parte, no podia habituarse á la sumision humilde de la fé católica, y su adhesion al cristianismo no le permitia conformarse con la filosofia pagana. Se dejó, pues, seducir de las pomposas ofertas de los orgullosos maniqueos, que se lisonjaban de que ellos solos poseian la verdad y eran los únicos capaces de hacerla comprender á sus secuaces. Profundamente afligida su piadosa madre, fué á buscar á un obispo que habia adquirido gran reputacion por su ilustracion y sus virtudes, y le pidió con instancia que se dedicase á la conversion de Agustín. Viéndola el santo obispo llorar copiosamente, le dijo: "Andad, que no es posible que perezca un hijo que cuesta á su madre tantas

lágrimas." Recibió Santa Mónica esta respuesta como un oráculo, y redobló sus ruegos para obtener su entero cumplimiento. Envió Mónica por entonces su marido, que era pagano, se convirtió y recibió el bautismo antes de morir.

Concluidos sus estudios volvió Agustín á Tagaste, siendo de edad de diez y nueve años, para enseñar la retórica, y algunos mas adelante regresó á Cartago y continuó con aplauso general la misma carrera. Sin embargo, continuaba aplicándose á la filosofia, y su entendimiento, naturalmente recto, hallaba innumerables dificultades en el sistema de los maniqueos que habia adoptado. Gozaba á la sazón de una gran reputacion en Africa Fausto, obispo maniqueo mas elocuente que sábio. Agustín esperaba hallar en las luces de un ságo tan aplaudido la disipacion de todas sus dudas, y deseaba muchísimo el oírle. Tuvo, por fin, con él muchas conferencias particulares; pero salieron fallidas sus esperanzas: y aunque enteramente no renunció á sus errores, solo continuó apegado á ellos por hábito y por indiferencia, aguardando nueva ilustracion para determinar. Este engaño le hacia casi inclinar al absoluto escepticismo, y no estaba distante de creer, como los académicos, que todo era dudoso, y que no era el hombre capaz de elevarse al conocimiento de la verdad.

Buscando Agustín nuevo teatro para su talento, resolvió pasar á Roma, y se embarcó de noche sin saberlo su madre que procuraba impedir este viage. Obtuvo en aquella ciudad los mismos aplausos que en Cartago; pero habiendo observado que sus discípulos eran muy desarreglados, solicitó la plaza de catedrático de retórica que vacó en Milán, y fué efectivamente nombrado para ella. Tenia entonces treinta años. En cuanto llegó á Milán pasó á visitar á San Ambrosio, que le recibió con tal bondad, que ganó insensiblemente su corazon. Los sermones del santo obispo atraian un inmenso auditorio. Al principio concurrió Agustín por curiosidad; pero la verdad triunfó poco á poco de su inteligencia. Las explicaciones que hacia San Ambrosio del antiguo Testamento, disiparon las preocupaciones que los maniqueos le habian inspirado, y viéndolo que la doctrina católica era á lo menos sostenible, se apartó de los hereges y resolvió permanecer en la Iglesia en la clase de los catecúmenos, hasta que conociese perfectamente la verdad. Al instante lo participó á su madre, que habia atravesado el mar en seguimiento suyo. Como frecuentaba Agustín los sitios en que San Ambrosio predicaba, se iba insensiblemente deshaciendo de las imágenes corpóreas á que le acostumbraron los maniqueos: formó ideas mas exactas de Dios y del origen del mal: comenzó á conocer la necesidad de la fé, y apenas concluyó la lectura de las epístolas de San Pablo, cuando su espíritu se iluminó completamente. Sin embargo, le quedaba el corazon tiranizado por las pasiones; y no teniendo valor para sujetarlas, luchaba con las inspiraciones de la gracia y los tormentos de una conciencia desgarrada por los remordimientos.

En este doloroso estado se confió con el presbítero Simpliciano, que había sido el modelo en la piedad de San Ambrosio. Refirióle San Agustín todos los errores que había aprendido, sin ocultar sus demas floquezas; y conmovido de la relación que hizo Simpliciano de la conversión de Victorino el retórico, se halló inflamado del deseo de imitarle, no solo recibiendo el bautismo, sino renunciando como aquel á todas las esperanzas del mundo. Hallábase alojado con sus dos íntimos amigos Alipio y Nebridio, que abandonaron el Africa para seguirle á Roma y después á Milán. Estando un día en compañía del primero, llegó á visitarle en calidad de paisano un cortesano llamado Ponticiano, que refirió entre otras cosas varios pasajes de la vida de San Antonio Abad. Con sorpresa oyeron ambos tan maravillosos hechos, de que no habían tenido noticia alguna siendo tan recientes. Mas admirado aún Ponticiano de que los ignorasen, añadió otros nuevos, contando la existencia de muchos monasterios que poblaban los desiertos, y la conversión de dos cortesanos que habiendo leído algunas páginas de la vida de aquel santo ermitaño, se resolvieron á emprender la vida monástica.

En cuanto salió Ponticiano, dijo Agustín, levantándose con viva emoción, á su amigo Alipio: "Pues que los ignorantes ganan el cielo á nuestra propia vista, nosotros con tanto saber permaneceremos sumergidos en la sentina de los vicios? ¿Qué vergüenza para nosotros no tener valor de imitarlos?" Y entregado á una extraordinaria agitación se fue á sentar en lo mas oculto del jardín, seguido de Alipio. Allí se golpeaba en la frente, víctima de los tormentos de una lucha interior, se arrancaba el cabello, se retorcia los miembros, y se indignaba consigo mismo porque no podía resolverse á practicar lo que al parecer dependía solo de su voluntad. Ultimamente, no pudiendo ya contener sus sollozos, se levantó furioso apartándose de Alipio, y derramando torrentes de lágrimas, exclamó: "¿Hasta cuándo vacilaré yo en entregarme á vos? ¿Por qué ha de ser mañana y no hoy?...? Entonces oyó una voz del cielo que le dijo repetidas veces: "Toma, y lee." Vuelto al parage donde se quedó Alipio, cogió las epístolas de San Pablo, y por donde abrió el libro, halló estas palabras: "No os encengueis en el libertinage y la impureza: revestíos enteramente de Jesucristo: no presumáis que pueden saciarse los deseos carnales." Al punto desapareció su irresolución: la gracia de Dios venció su corazón, y descubrió á su amigo lo que acababa de pasar por él. Alipio le señaló en el mismo texto, y á continuación de las anteriores expresiones estas otras: "Recibid al que se halla débil en la fé;" y aplicándoselas á sí mismo, Agustín tomó con resolución su partido. Noticiaron prontamente á Santa Mónica esta gran mudanza, y la santa madre salió fuera de sí de alegría. Sin detenerse renunció Agustín al matrimonio y á todas las ocupaciones mundanas, y se consagró enteramente á Dios á la edad de treinta y dos años.

Llegaron las vacaciones y se retiró á la casa de campo de un amigo suyo. En ella compuso tres libros contra los académicos ó pirronianos, el tratado de la Vida feliz, el del Orden, en que establece el dogma de la Providencia, y en fin, las piadosas conversaciones consigo mismo, que intituló Soliloquios. Volvió á Milán cerca de la cuaresma para inscribirse en el número de los catecúmenos que llamaban competentes, y recibió el bautismo la víspera de Pasena del año 387 con su amigo Alipio y su hijo Adeodato, que tendría unos quince años.

Ento en seguida salió de Milán para el Africa; pero cuando estaba ya para embarcarse en Ostia, acometió á Santa Mónica su madre, una fiebre violenta. En cuanto conoció la santa su próximo fin, dijo á sus hijos: "Aquí dejareis descansar mi cuerpo, porque importa poco el sitio en que quede: solo os encargo que os acordéis de mí en el altar del Señor en cualquiera parte que os halléis." A los nueve días de enferma, murió de edad de cincuenta y seis años, según el mismo santo (1).

Antes de continuar su viaje, permaneció San Agustín algun tiempo en Roma, donde principió á combatir la heregia de los maniqueos. No podia sufrir la insolencia con que hacían alarde estos sectarios de sus abstinencias supersticiosas para hacerse superiores á los verdaderos cristianos, y por esta razon compuso los dos libros titulados: *De las costumbres de la Iglesia católica, y De las costumbres de los maniqueos*. En el primero explica los principios de la moral cristiana, describe las virtudes practicadas por el clero y por los simples fieles, principalmente las austeridades de los religiosos y monjas, su humildad, su caridad, su union y su aplicación al trabajo y á la oración. En el segundo impugna la doctrina de los maniqueos sobre el origen del mal, y expone sus diferentes prácticas para dar á conocer la extravagancia ó la infamia que envuelven. También en esta morada compuso el libro titulado: *De la cantidad del alma*; en el que prueba que el alma es simple por su naturaleza, y no tiene extension como el cuerpo.

Después de su regreso al Africa, y hacia fines del año 388, se retiró San Agustín al campo cerca de Tagasto con algunos amigos, y allí vivió como tres años en la práctica de las virtudes propias de la cristiana perfección: ayunos, oracion, meditacion de las Sagradas Escrituras, eran sus ejercicios, y consagraba sus ocios á la defensa de la religion. Entonces compuso sus dos libros del *Genesis*, escritos en estilo llano y al alcance del pueblo, para contestar á las objeciones de los maniqueos contra la relacion de Moisés sobre la creación del mundo y el pecado del primer hombre; después el libro del *Maestro* en forma de diálogo entre el santo y su hijo Adeodato, para justificar que no son las palabras humanas las que nos

(1) August. *Confes. passim.*

instruyen, sino el Verbo divino que nos revela interiormente la verdad. Afirmar San Agustín en sus Confesiones, que los pensamientos atribuidos á su hijo, son efectivamente suyos, aunque no tenia entonces mas que diez y seis años, y murió muy pronto. A la propia época debe referirse el tratado de la verdadera religion, en que San Agustín prueba primeramente que no se halla ésta ni entre los paganos, ni en ninguna secta herética ó cismática; y despues explica la verdad de la doctrina católica, apoyándose en el cumplimiento de las profecías, en los milagros de Jesucristo, en la sublimidad de los dogmas y de la moral cristiana; y últimamente, explica el uso que debe hacerse de la autoridad y de la razon, y cómo las pasiones, logrando ofuscar la inteligencia, la impiden adherirse á la verdad (1).

Estas eran las ocupaciones de San Agustín en su retiro, cuando se trasladó á Hipona, ciudad marítima inmediata, á petición de un amigo ya convertido, que le pidió consejo para adelantar en la perfeccion cristiana. Hallándose en una reunion de cristianos un dia que el obispo Valerio les hablaba de la necesidad de ordenar un sacerdote para su Iglesia, el pueblo por unanime resolusion rodeó á San Agustín y le presentó inmediatamente al obispo, pidiendo por aclamacion que le ordenase. A pesar de la resistencia del candidato, el obispo le impuso las manos, sin cuidarse de su repugnancia y de sus lágrimas, y le confió el ministerio de la predicacion, que según la costumbre del Africa, se reservaba á los obispos. Algunos prelados censuraron esta innovacion; pero Valerio les opuso la costumbre del Oriente, y varios obispos la siguieron despues. Pidió San Agustín algun tiempo para prepararse al digno desempeño de sus nuevas funciones, y pasado un corto plazo, principió á predicar con el éxito mas brillante.

No le estorbaron las tareas del sacerdocio para componer en algunos años muchas obras importantes. Primeramente dirigió á un amigo suyo llamado Honorato, á quien él habia ayudado en otro tiempo al maniqueísmo, su libro sobre la unidad de la fé, en que impugna la presuncion de los maniqueos que prometian no enseñar nada que no resultase evidente para la humana razon. Escribió despues otra obra titulada: *Las dos almas*, contra los mismos sectarios que suponian en el hombre una alma buena emanada de Dios y otra mala procedente del principio malo, y que según ellos era el origen de las acciones desarrregladas. San Agustín demuestra en este libro que no hay sustancia alguna naturalmente mala, y que el mal ó el desorden proviene del abuso de nuestra libertad. Explicó los mismos principios con mas extension en el tratado del libre albedrío, donde se hallan las soluciones á toda especie de objecion contra la Providencia y la bondad de Dios. Allí distingue

(1) Augus. *Retract.* lib. I.—Possid. *Vit. Aug.* c. 11.

dos clases de males, las penas que nos mortifican y los vicios que nos corrompen; y hace ver que las primeras no son propiamente males, pues suelen contribuir á la felicidad de los justos aumentando su mérito; y en cuanto á los segundos, que verdaderamente son un mal, demuestra que tienen su origen en la voluntad del hombre, que libremente se determina á violar las leyes del órden, y de este modo se aparta de la felicidad para la que han sido criados todos los hombres: que no se debe imputar á Dios el abuso que nosotros hacemos de nuestra libertad, porque ésta en sí misma es un bien, y ademas puede conducirnos á la posesion del mismo bien si hacemos buen uso de ella: que el pecado no es una consecuencia necesaria é inevitable de nuestra naturaleza, sino libre efecto de nuestra voluntad, porque no seria una falta si no dependiese de nosotros el evitarle; y últimamente, que si pecamos por ignorancia ó arrastrados de las pasiones, consiste en que descendamos el instruirmos ó implorar los auxilios de la divina gracia para que remedie nuestra debilidad. Aquí se ve cuán exacta y precisa es la doctrina de San Agustín sobre el dogma de la libertad humana.

Los demas escritos suyos durante el estado de presbítero, son: el libro contra Adamanto, testando á las objeciones de este maniqueo contra el antiguo Testamento: el libro no concluido sobre el Génesis, que tambien principió para combatir á los maniqueos; los dos libros sobre el sermón de la Montaña, en los que se hallan documentos sobre los principales puntos de la moral cristiana y la explicacion de la oracion dominical; los comentarios sobre las epístolas á los romanos y á los galatas, y finalmente, el primer libro de la *Mentira*, donde prueba que jamas es feito mentir por motivo alguno. Mucho tiempo despues publicó otro sobre el mismo asunto. Recopiló tambien mas adelante las contestaciones que habia dado en los primeros años de su regreso á Africa, á diferentes cuestiones de filosofia y teologia, ó sobre pasajes de las Santas Escrituras, y esta coleccion forma el libro de las ochenta y tres cuestiones.

Apenas promovido al sacerdocio, contribuyó San Agustín á que se suprimieran en Africa los agapes ó banquetes de caridad que se tenian en las iglesias los dias de fiesta, porque degeneraban muchas veces en desórdenes. Sin prohibirlos absolutamente el concilio de Laodicea, dispuso que no se celebrasen en las iglesias. En Milán los abolí San Ambrosio, y se habian suprimido en casi todas las del Occidente: algunas de estas no conocieron jamas semejante uso. Aurelio, amigo de San Agustín y recién nombrado obispo de Cartago, le escribió pidiéndole que le auxiliase con sus oraciones y consejos: el santo doctor aprovechó esta ocasion para exhortarle á que corrigiese el abuso de los agapes. Un concilio de todos los prelados del Africa, convocado en Hipona el año 393, prohibió á los obispos y clérigos que tomasen parte en aquellos banquetes, y les mandó que no omitiesen medio alguno para desterrar-

... contra omnes in his obediendo egredi... ob omnes in his ob

los. Estando próxima una festividad solemne, San Agustín predicó varios sermones contra tales abusos; y aunque parte del pueblo estaba muy apegado á ellos, habló el sabio prelado con tanta energía y persuasiva elocuencia, que consiguió abolirlos enteramente en la Iglesia de Hipona.

El concilio celebrado en esta ciudad dió ó confirmó muchos reglamentos sobre la disciplina, que se reproducieron en los cánones del tercer concilio de Cartago. Se estableció igualmente que atendiendo á las necesidades de la Iglesia, se podría en adelante conservar su categoría en el clero á los donatistas convertidos que no hubiesen rebautizado, ó que atrajesen su pueblo á la unidad católica; pero se añadió que esta providencia no se adoptaría definitivamente hasta que fuese adoptada por la Iglesia de Ultramar, donde se ve un reconocimiento expreso y muy solemne de la autoridad de la Santa Sede.

Quedan asimismo varios cánones de disciplina hechos por un concilio de Cartago, que se celebró tres años antes, y que se cuenta por el segundo de aquella ciudad. Confirmóse en él la ley de la continencia obligatoria para los obispos, sacerdotes y diáconos; y es de notar que el concilio funda esta obligación en la doctrina de los apóstoles y en la constante tradición de la Iglesia (1). Entre otros cánones que se limitan á reproducir algunas reglas de disciplina general ya mencionadas muchas veces en esta historia, solamente citaremos las disposiciones que prohíben á los sacerdotes reconciliar públicamente á los penitentes sino en el artículo de la muerte, cuando está ausente el obispo, y con su permise. Esta misma regla se observaba respecto á la penitencia pública en las otras Iglesias de Occidente.

Pero en el Oriente los obispos habían establecido después del cisma de Novaciano un sacerdote penitenciario, al cual conferían sus facultades para el exámen de los penitentes. Consistía su cargo en oír las confesiones de aquellos que después del bautismo habían incurrido en faltas considerables; así es que se escogía entre los presbíteros, más distinguidos por sus virtudes, su discreción y prudencia. A cada uno, según sus pecados, prescribía la penitencia que debía hacer, sometiéndolo á las pruebas de la pública á los que eran culpados de faltas especificadas en los cánones, y dando la absolución á los demás, después de haberles impuesto penitencias satisfactorias particulares. Aconteció en la Iglesia de Constantinopla, que el penitenciario, sujeto á la penitencia canónica á una mujer que había cometido un pecado, vergonzoso con un diácono; y en consecuencia hizo esta una confesion pública de su fal-

(1) En un concilio celebrado en Roma el año de 386, el Papa Siricio pronunció la pena de excomunion contra los que violaban la ley de la continencia; y este reglamento circulado á los obispos de Africa había sido promulgado en un concilio de Cartago celebrado en el mismo año.

ta. Como de aquí hubiese resultado un grande escándalo en el pueblo é ignominia para el clero, el patriarca Nectario suprimió el oficio de penitenciario, y según Sócrates dejó en libertad á todos para participar de los sagrados misterios según el movimiento de sus conciencias; es decir, que volviendo á la antigua costumbre observada en Occidente, quiso cuidar por sí mismo de la penitencia pública, y permitió á los fieles escoger confesor para sus pecados secretos, ó recibir la Eucaristía sin confesion si creían que no la necesitaban, como en el día se hace. En efecto, es patente que no se trata aquí más que de la abrogacion de la confesion pública, que fué la única que dió lugar al escándalo; y se demuestra esto no solamente por todas las circunstancias del suceso, sino tambien por la reflexion de Sócrates, que observa, hablando de esta medida, que quitaba á los fieles la ocasion de reprenderse y corregirse los unos á los otros. Al suprimir el oficio de penitenciario, Nectario quiso evitar los inconvenientes que en algunos casos podia tener la confesion pública de pecados ocultos, cuando se mandase imprudentemente, como en el ejemplar que acababa de ocurrir; pero es constante en la serie de la historia, que esta supresion no causó menoscabo alguno ni á la confesion secreta, que en todos tiempos se juzgó necesaria, ni aun contra la penitencia pública practicada, despues por los pecados notorios en la Iglesia de Constantinopla y en las demas de Oriente, que imitaron por lo general el ejemplo de Nectario. Luego en vano se ha querido buscar en este hecho un argumento contra la institucion divina de la confesion; y Sozomeno, que refiere el mismo hecho, confundió de antemano esta pretension, observando expresamente que la confesion es necesaria para obtener el perdón de los pecados (1).

Hacia la misma época condenó el Papa Siricio los errores de Joviniano, que despues de haber abrazado la vida monástica en Milán, se disgustó de ella y pasó á Roma, donde enseñó que eran prácticas inútiles el ayuno y la abstencion; que la virginidad no era mas perfecto estado que el matrimonio; y que no se podia decir que la madre de Dios permaneció virgen despues del parto, á menos de atribuir á Jesucristo un cuerpo meramente aparente. Sostenia tambien que los hombres regenerados por el bautismo no podian ser vencidos del demonio, y que todos gozarian en el cielo igual recompensa. Excomulgado este herege, con algunos partidarios suyos, volvió á Milán, donde fué de nuevo condenado por un concilio celebrado el año 390 (2). A pesar de ambas excomuniones la doc-

(1) Socr. lib. V, cap. XIX.—Sozom. lib. VII, cap. XVI.

(2) Algunos sectarios discípulos de Aerio, que habia sido monge y amigo de Eustasio, de Sebaste, impugnan en Oriente la utilidad de los ayunos. La envidia y el despecho que concibió viendo que Eustasio le habia sido preferido en la provision del obispado, le movieron á sostener que los obispos no eran superiores á los sacerdotes; tambien defendió que era inútil rogar por